

personal, ya se atiendan las críticas circunstancias de aquellos tiempos, en que, se necesitaba un varón tan eminente en ciencia, en talento, en firmeza y en santidad.

No defraudó efectivamente las esperanzas de los que le colocaron en aquella silla, figurando entre otros muchos el anciano Gregorio, padre de san Gregorio Nacianceno, y san Eusebio de Samosata, á quien acudió aquel para apoyar esta elección con la autoridad que le daban su reputación y su mérito eminente. Basilio se superó á sí mismo, dice san Gregorio Nacianceno, cuanto había superado á los demás, y las sabias resoluciones que adoptó, y los gravísimos negocios que tuvo que resolver, no sirvieron sino para evidenciar más y más la firmeza de su fe, y la grandeza de su celo y de su piedad. La historia de su episcopado daría materia para más de un libro, como puede verse en Hermant y Tillemont, que la han trazado apoyándose en los monumentos más seguros de la Historia eclesiástica. No expondremos aquí más que lo más esencial, en cuanto se relaciona con nuestro principal objeto.

Puede considerarse la conducta de san Basilio en el episcopado, ó con relación al gobierno de su iglesia, ó bajo el punto de vista de los beneficios que dispensó á las provincias vecinas, ó en los trabajos que realizó por la Iglesia universal, para sostener la pureza de la fé, para reformar las costumbres, ó para animar y perfeccionar á los fieles en la piedad. No creía que el cuidado de su persona debía formar parte de su solicitud pastoral : no le preocupaba otra cosa que la gloria de Dios y la salvación de las almas. Su familia era poco numerosa. Las rentas de su iglesia no le impedían ser pobre : pues le agradaba sentir las incomodidades de la estrechez, y que le faltase lo más necesario á un obispo. Observó durante toda su vida un ayuno rigoroso, siendo imposible expresar las enfermedades que padeció, y la debilidad á que la mortificación redujo su cuerpo, así

como los trabajos que sufrió para cumplir dignamente su cargo, sin reconocer al mismo tiempo la mano del Señor que le fortalecía con su gracia, y le sostenía por una especie de milagro para el bién de su iglesia. No puede establecerse más diferencia entre san Basilio en su retiro y san Basilio en el episcopado, que la que procede del rango y de las ocupaciones eclesiásticas : pues unas mismas eran las austeridades y unas mismas las virtudes.

Conócese el celo que le animaba por el bién de su pueblo en las frecuentes instrucciones que le dirigía. No se contentaba con hacérselas en los domingos y dias festivos, sino siempre que veía venir á la iglesia gente ávida de escucharle. Estableció prácticas para atender la piedad. « Viene el pueblo, dice en una de sus cartas, muy de mañana á la casa de la oración, hace su confesión con un vivo dolor, con una grande compunción y con torrentes de lágrimas. De la oración pasa á la salmodia, dividiéndose en dos coros para cautar alternativamente. De esta manera se fortalece en la meditación de la palabra de Dios, y conserva su alma en el recogimiento. Uno se encarga de comenzar lo que ha de cantarse, y los demás continúan y responden, etc. Cuando llega el dia, todos ofrecen á Dios el salmo de la confesión, y cual si tuviesen una sola lengua y un solo corazón, manifiestan con palabras tiernas y expresivas la amargura que le causan sus faltas.

Hace notar que en una ocasión había ido su pueblo á orar á una iglesia de mártires, y que en ella permaneció desde la mañana hasta el mediodía adorando á Dios y cantando sus alabanzas. Entretanto él había ido á otra iglesia más lejana para cumplir en ella ciertos deberes de la liturgia, y al mediodía vino á la otra en que se hallaba congregado el pueblo, en donde le explicó el salmo ciento catorce. En una de sus cartas dice también que los fieles comulgaban con mucha frecuencia en su iglesia ». Es muy bueno y

útil, dice comulgar todos los días : pues Jesucristo dice terminantemente que el que come su carne y bebe su sangre tendrá la vida eterna ; Quién puede, por consiguiente, dudar que cuanto más se participa de este pan, tanto más se participará de su vida ? Hé aquí porque se comulga cuatro veces en semana : el domingo, el miércoles, el viénes y el sábado, y algunos otros días, cuando se celebra la fiesta de algún mártir ».

A estos cuidados particulares sobre su ciudad episcopal añadía frecuentes visitas á las parroquias de la campiña, sin atender á su extrema debilidad que apénas se lo permitía ; pero Dios le recompensaba con las bendiciones que derramaba sobre sus apostólicos trabajos. A esto es preciso añadir el prodigioso número de cartas que escribía, tanto para consolar á unos en sus aflixiones, como para exhortar á otros á que perseverasen en la piedad, ó con otros motivos relacionados con la salvación de sus almas.

También lo hacía, cuando en ello se interesaba la caridad para negocios temporales de su conciudadanos. Así es que, en su cualidad de obispo, se consideraba como el padre y el pastor de su pueblo, y llenaba estas funciones con toda la ternura de que era capaz su corazón.

Esta caridad se manifestó principalmente en el magnífico hospital que erigió para los pobres y enfermos, y especialmente para los leprosos. Era éste un edificio, ó más bién, muchos edificios, que san Gregorio no tiene dificultad en llamar una nueva ciudad, y dice que se hallaba extramuros : que era tesoro común de los ricos, y en donde las exhortaciones de san Basilio hacían que muchas personas no sólomente se desprendiesen de lo superfluo, sino hasta de lo necesario en furor de la indigencia. Allí es, dice este Santo, en donde la enfermedad se sufre con gozo, en donde la miseria parece dichosa, y en donde se practica la verdadera caridad. En efecto, según el plan formado por san

Basilio, este hospital estaba dedicado á todos aquellos que por su edad ó por sus enfermedades necesitaban de los auxilios de otros, aunque fuesen extranjeros. Había habitaciones para todo el personal que en él se invertía ; para los medicos, para los guardias, para los criados, para los enfermeros y para todos los trabajadores. Hace notar Teodoro, que el Santo, que lo visitaba con mucha frecuencia, tenía un cuidado especial de los leprosos, y que era tan extremosa su caridad para con ellos, que, sin considerar su nacimiento ni su dignidad, no se desdeñaba de abrazarles y besarles como á hermanos. Este hospital fué célebre mucho tiempo despues, y del nombre de su fundador se le llamo la Basiliada, debió ser comenzado en el año 371 ó 372. Había además otros pequeños en la campiña para los enfermos de las villas ó aldeas, cuya inspección estaba encomendada á los corepiscopos.

Si tanta atención prestaba á los pobres y enfermos, no era ménos la que ejercía para proporcionar buenos ministros á la Iglesia, y para que su clero observase una conducta edificante. Había muchos corepiscopos para que gobernasen la diócesis bajo su dirección, y los congregaba algunas veces en la fiesta de san Eupsico. Renovó los cánones de los santos Padres, en cuya virtud debían los corepiscopos designar á los obispos las personas que habían de ser admitidas al estado eclesiástico, cuyo precepto se hallaba descuidado, y ordenó á estos corepiscopos que le enviasen los nombres de todos los clérigos, el lugar de su nacimiento, por quién habían sido admitidos, cual era su profesión. Mandó también que los que habían sido admitidos por los sacerdotes desde la primera indicción, ó sea desde el año 358, fuesen excluidos por los corepiscopos, á no ser que estos, despues de examinarlos, los encontrasen dignos. Por esta exactitud para elegir bién á los ministros inferiores se puede inferir cuales serían sus precauciones, cuan-

do se trataba de la ordenación de diáconos y sacerdotes.

De esta manera llegó á conseguir que los más ilustres personajes figurasen en su clero, y elevó á éste á una reputación digna del obispo que lo gobernaba. Así lo manifestó en una ocasión en que, deseando Inocente, obispo de una ciudad que no se nombra, muy léjos de Cesarea, pero en el Oriente, conocer al que le había de suceder, por hallarse muy avanzado en edad, se dirigió al Santo, suplicándole que le mandase á un eclesiástico que le designaba. Pero san Basilio, que conocía la importancia de una acertada elección, le escribió diciéndole, que el que le indicaba tenía muy buenas cualidades, pero no las necesarias para ocupar su silla. En su consecuencia, le recomendó á uno muy anciano, á quién llamaba un vaso precioso, así como también á un hijo del bienaventurado Hermógenes, hombre capaz de sostener el peso del episcopado, de un aspecto venerable, muy adecuado para instruir con dulzura á los que se opusiesen á la verdad, grave en sus costumbres, instruido en los cánones, puro en su fé, observante de las reglas de la continencia y de los ejercicios religiosos y desprendido de los bienes de la tierra. Es de notar con muy razonable fundamento, que no se hubiera desprendido fácilmente de un eclesiástico tan eminente, si no hubiese tenido otros del mismo mérito. Efectivamente, entre otros muchos sobresalían Melecio, á quién llama el Santo su cooperador en los trabajos evangélicos, Pemeno, su pariente, cuyas virtudes elogia en una de sus cartas, y Fileromo, de quién habla Paladio en su Lausiaco, y que había confesado generosamente la fé en presencia de Juliano el Apóstata.

No seguiremos á san Basilio en todas las empresas de su episcopado; pero fué tan gloriosa la victoria que alcanzó sobre el emperador Valente, que por sí sola basta para hacer imperecedera la memoria de un obispo. Seguiremos en

este relato á san Gregorio Naciancerro y á san Gregorio de Nisa, que fueron testigos oculares.

Habiéndose propuesto este emperador la destrucción de la Iglesia católica en favor de los arianos, á quienes protegía decididamente, creyó que con la destitución y el destierro de otros obispos no conseguiría sus designios, mientras no pudiese ganar á san Basilio. Con esta intención partió de Constantinopla, haciendo que le precediese Modesto, prefecto del Pretorio ¹ para que preparase el camino de la impiedad. Despues de haber afligido con todo género de males á los católicos de la Bitinia y de la Galacia, entró en la Capadocia, y llegó á Cesarea á fines del año 371. Al llegar á las inmediaciones de la ciudad, se detuvo, y envió al prefecto con órden expresa de que san Basilio se sometiese á su voluntad. Hízole llamar Modesto: le habló en un principio con grande consideración y dulzura, si hemos de creer á Teodoreto, y le manifestó que debía acomodarse á las circunstancias de los tiempos, y no turbar la Iglesia con cuestiones, que él llamaba de poca importancia, prometiéndole al mismo tiempo la amistad del emperador, si le obedecía, así como toda clase de favores para sí y para sus amigos. Pero san Basilio le respondió que sus discursos no eran buenos más que para niños, y que las personas instruidas en la verdadera doctrina se hallaban dispuestas á sufrir una y mil muertes, ántes que prescindir de una sola sílaba de la doctrina de la Iglesia. Que él, por otra parte, agradecía el favor del príncipe, siempre que no se opusiese á la piedad y á la fé, en cuyo caso lo rechazaría en absoluto. San Gregorio Niseno y Teodoreto dicen que el pre-

¹ El título de prefecto del Pretorio fué dado por Augusto al comandante de las cohortes pretorianas; pero en tiempo de Valente y desde Constantino, el prefecto del Pretorio no tenía más que una autoridad puramente civil. Este elevado personaje gobernaba las cuatro prefecturas de Oriente, de Iliria, de Italia y de las Galias.

fecto mezcló las promesas con las amenazas; pero san Gregorio Nacianceno, sin detenerse en el preludio de la dulzura de Modesto, refiere en estos términos esta célebre conferencia.

« Se condujo, dice, al generoso Basilio ante el prefecto, el cual estaba animado de tanta cólera, que nadie se atrevía á hablarle; pero Basilio se presentó á él con tanta confianza, cual si hubiera sido invitado á una fiesta, y no como compareciendo ante el tribunal de un juez. Tan difícil era expresar la ira del prefecto, como la firmeza y la sabiduría de Basilio. ¿ Como es, Basilio, le dijo, pues no se dignaba darle el tratamiento de obispo, como es que teneis la osadía de oponeros á un emperador tan poderoso, y resistir necia é insolentemente sus órdenes? — ¿ Porqué me hablais de esta manera? le respondió Basilio. No veo la razón en que os fundeis para injuriarme. — Es, replicó el prefecto, que rehusais abrazar la religión del emperador, despues que todos los demás se han sometido á ella — Mi emperador, dijo Basilio, no puede pretender semejante cosa. Yo que he sido creado por Dios, no puedo adorar nada creado. — Pues entónces ¿ quién creéis que soy? dijo el prefecto. — Para mí, respondió Basilio, nada sois, cuando me imponéis semejante mandato — ¿ Que? ¿ no mirariais como un gran honor el ser elevado al mismo rango que ocupó? — Vos sois prefecto, dijo Basilio: vuestro rango es muy eminente; pero no os eleva sobre Dios ».

Arrebatado de cólera el prefecto, se levantó de su silla, y tomando un tono imperioso, le dijo: ¿ No temeis mi poder? — ¿ Porqué lo he de temer? dijo Basilio: ¿ qué me vais á hacer? — La confiscación de vuestros bienes, el destierro, los tormentos, la muerte. — Buscad, dijo Basilio, buscad otras amenazas, pues éstas me importan muy poco. Un hombre que nada tiene, no teme la confiscación, á no ser que os apodereis de estos pobres y desgarrados vestidos

y de algunos libros que tengo. En cuanto al destierro, no lo conozco: no tengo afecciones á ningún lugar: el que habito no es mio, y en cualquiera parte en que viva me consideraré en mi patria. Por lo que á los suplicios se refiere, ¿ me los aplicareis? No tengo cuerpo capaz de soportarlos, á no ser que llameis tormento al primer golpe que me deis: pues es todo lo que podrá hacerme sufrir vuestro poder. Y en cuanto á la muerte, la recibiré como un beneficio, pues me llevará más pronto á Dios, por quién vivo, por quién trabajo, y por quién suspiro desde hace mucho tiempo. »

Sorprendido con este discurso el prefecto, dijo: « Jamás ha hablado nadie á Modesto con tanta libertad. — Es seguramente, dijo Basilio, por que nunca habreis tratado con ningún obispo, pues todos os hablarán el mismo lenguaje, cuando tengan que defender la misma causa. Cuando se trata de otros asuntos, hablamos con más moderación: somos los más humildes de todos los hombres, como nos manda Dios, y no nos atreveríamos á oponernos, no ya á un emperador, sino ni al último de los hombres. Pero cuando se trata de Dios y de sus intereses, no miramos más que á él solo, todo lo demás lo despreciamos: el fuego, las espadas, las bestias y las uñas de hierro nos sirven de delicias más bien que de suplicios. En su consecuencia, tratadnos de la manera más injuriosa; emplead todo género de amenazas, ejerced vuestro poder de la manera que os plazca: referid al emperador todo cuanto os he dicho, pero estad seguro de que jamás nos inclinaremos á la impiedad, aún cuando nos amenaceis con los más espantosos suplicios. »

Considerando el prefecto la inquebrantable firmeza de san Basilio, dejó de amenazarle, y lo despidió respetuosamente y hasta con cierta especie de sumisión. A este relato de san Gregorio Nacianceno podemos añadir lo que dice

san Gregorio Niseno, á saber: que le dijo el prefecto que sería probable que en el número de sus oyentes tuviese en la iglesia al emperador, y que sería conveniente que no emplease la palabra consustancial. A lo que respondió el Santo que deseaba ver al emperador en la verdadera fé de la Iglesia, porque deseaba su salvación como la de los demás; pero que por nada del mundo añadiría, ni quitaría una sola palabra al Símbolo. Reprendió, por último, al prefecto, por los males que había causado, y le exhortó á que se corrigiese. El prefecto, no obstante, según dice Rufino, le concedió lo que restaba de aquella noche como plazo para que deliberase, pero el Santo le replicó: « Mañana diré y sostendré lo mismo que digo y sostengo hoy; y deseo que por lo que á mí toca tampoco varieis vos. »

El prefecto hizo una relación de todo lo que había ocurrido al emperador que se aproximaba á la ciudad, é irritado este príncipe con el mal resultado de sus primeras gestiones quiso asistir personalmente al debate, que encomendó á Demóstenes, intendente de su mesa y de su cocina, hombre muy osado, y por lo mismo, adecuado para sus designios. Demóstenes, en efecto, empezó haciendo ridículos alardes de triunfo, con lo cual cobró ánimo el abatido prefecto que se hallaba presente. La cólera del emperador inspiraba la misma pasión á todos los asistentes, que consideraban deber su autoridad á esta baja adulación. Pero en esta ocasión, dice san Gregorio de Nisa, triunfó la virtud y la generosidad cristiana de san Basilio de todo el poder y de todo el furor de sus enemigos.

La vergüenza de que se había visto cubierto el prefecto con la resistencia de san Basilio, excitó nuevamente su amor propio, y le movió á volver á la carga. Congregó á los ministros de la justicia, á los heraldos, á los sargentos y á los lictores, pretendiendo inspirar terror con este formidable aparato de fuerza, y se presentó al Santo más enco-

lerizado que ántes; pero no consiguió otra cosa sino que éste añadiese nuevos laureles á la corona de gloria que ya había ceñido.

Después de este último esfuerzo el prefecto se vió obligado á ceder; así es que, presentándose al emperador, le dijo: Somos vencidos por el que gobierna esta iglesia: es un hombre inaccesible á toda amenaza, invencible á todos los discursos, inquebrantable á todas las persecuciones. Puede intentarse abatir á los que tienen ménos ánimo; pero éste sólo puede vencerse por la violencia: es imposible hacerle ceder por las amenazas. No queriendo Valente seguir este consejo, y aunque era enemigo del Santo, no pudo ménos de trocar su odio en admiración. Hizo que cesasen las amenazas, y mandó que no se le hiciese violencia. Pero dice san Gregorio Nacianceno, que esto no duró más que un momento, pues el hierro, aunque doblegado por el fuego, no dejó de ser hierro. Concibió cierta estima al Santo, pero no quiso abrazar su comunión, sólo por que no se dijese que había cambiado de parecer. Fácilmente, por lo tanto, se buscó un medio de reparar lo que contra él se había hecho.

El más adecuado fué asistir á la iglesia con toda su corte en el día de la Epifanía ó Teofanía, el 6 de enero de 372. Se mezcló con el pueblo, escuchó el discurso del Santo, aparentando con esto querer reconciliarse con él. Exponemos las mismas palabras de san Gregorio Nacianceno. « Habiendo entrado en la iglesia, dice, los salmos que oyó fueron como otros tantos truenos que sonaron en sus oídos. Vió con admiración la grande afluencia de pueblo, que se asemejaba á las oleadas del mar. Consideró extasiado el orden y ornato que resplandecía en el santuario, y que parecía más un espectáculo angélico que humano. De una parte miró con atención particular á este arzobispo que estaba de pie ante su pueblo, y en la misma posición en